

ÍNDICE

Benito Jerónimo Feijoo	7
Ignacio de Luzán	12
José Cadalso	26
Leandro Fernández de Moratín	41
Félix María de Samaniego	58
Tomás de Iriarte	66
José de Espronceda	71
José Zorrilla.....	81
Ramón de Mesonero Romanos	89
Mariano José de Larra.....	113
Gustavo Adolfo Bécquer.....	123
Juan Valera.....	138
Benito Pérez Galdós.....	144
Pedro Antonio de Alarcón.....	154
Emilia Pardo Bazán.....	163
Leopoldo Alas “Clarín”	170
Miguel de Unamuno.....	179

Pío Baroja.....	189
Juan Ramón Jiménez.....	194
Antonio Machado.....	196
Ramón María del Valle-Inclán.....	198
José Martínez Ruiz “Azorín”	204
Federico García Lorca.....	209
Miguel Hernández.....	217
Camilo José Cela.....	221
Luis Martín-Santos.....	228
Bibliografía	235

LECT. UNIV. DR. IRINA DOGARU

**ANTOLOGÍA DE TEXTOS
LITERARIOS ESPAÑOLES
SIGLOS XVIII – XX**



Benito Jerónimo Feijoo

Obras escogidas

Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 1999

"Paralelo de las lenguas castellana y francesa

I

Dos extremos, entrambos reprehensibles, noto en nuestros españoles, en orden a las cosas nacionales: unos las engrandecen hasta el cielo; otros las abaten hasta el abismo. Aquellos, que ni con el trato de los extranjeros, ni con la lectura de los libros, espaciaron su espíritu fuera del recinto de su patria, juzgan que cuanto hay de bueno en el mundo está encerrado en ella. De aquí aquel bárbaro desdén con que miran a las demás naciones, asquean su idioma, abominan sus costumbres, no quieren escuchar, o escuchan con irrisión, sus adelantamientos en artes y ciencias. Bástales ver a otro español con un libro italiano o francés en la mano, para condenarle por genio extravagante y ridículo. Dicen que cuanto hay bueno y digno de ser leído, se halla escrito en los dos idiomas latino y castellano; que los libros extranjeros, especialmente franceses, no traen de nuevo sino bagatelas y futilidades; pero del error que padecen en esto, diremos algo abajo.

Por el contrario, los que han peregrinado por varias tierras, o sin salir de la suya, comerciado con extranjeros, si son picados tanto cuanto de la vanidad de espíritus amenos, inclinados a lenguas y noticias, todas las cosas de otras naciones miran con admiración, las de la nuestra con desdén. Sólo en Francia, pongo por ejemplo, reinan, según su dictamen, la delicadeza, la

policía, el buen gusto: acá todo es rudeza y barbarie. Es cosa graciosa ver a algunos de estos nacionalistas (que tomo por lo mismo que antinacionales) hacer violencia a todos sus miembros, para imitar a los extranjeros en gestos, movimientos y acciones, poniendo especial estudio en andar como ellos andan, sentarse como se sientan, reírse como se ríen, hacer la cortesía como ellos la hacen, y así de todo lo demás. Hacen todo lo posible por desnaturalizarse, y yo me holgaría que lo lograsen enteramente, porque nuestra nación descartase tales figuras.

Entre estos, y aun fuera de estos, sobresalen algunos apasionados amantes de la lengua francesa, que, prefiriéndola con grandes ventajas a la castellana, ponderan sus hechizos, exaltan sus primores, y no pudiendo sufrir ni una breve ausencia de su adorado idioma, con algunas voces que usurpan de él, salpican la conversación, aun cuando hablan en castellano. Esto, en parte, puede decirse que ya se hizo moda; pues los que hablan castellano puro, casi son mirados como hombres del tiempo de los godos.

II

Yo no estoy reñido con la curiosa aplicación a instruirse en las lenguas extranjeras. Conozco que son ornamento, aun cuando estén desnudas de utilidad. Veo que se hicieron inmortales en las historias Mitrídates, rey de Ponto, por saber veinte y dos idiomas diferentes; Cleopatra, reina de Egipto, por ser su lengua, como llama Plutarco, órgano en quien, variando a su arbitrio los registros, sonaban alternativamente las voces de muchas naciones; Amalásunta, hija de Teodorico, rey de Italia, porque hablaba las lenguas de todos los reinos que comprendía el imperio romano. No apruebo la austeridad de Catón, para quien la aplicación a la lengua griega era corrupción digna de castigo, ni el escrupuloso reparo de

Pomponio Leto, que huía como de un áspid del conocimiento de cualquiera voz griega, por el miedo de manchar con ella la pureza latina.

A favor de la lengua francesa se añade la utilidad, y aun casi necesidad de ella, respecto de los sujetos inclinados a la lectura curiosa y erudita. Sobre todo género de erudición se hallan hoy muy estimables libros escritos en idioma francés, que no pueden suplirse con otros, ni latinos ni españoles. Pongo por ejemplo: para la historia sagrada y profana no hay en otra lengua prontuario equivalente al gran *Diccionario histórico de Moreri*; porque el que desea un resumen de los hechos de algún sujeto, ignorando la era en que floreció, en defecto del *Diccionario histórico*, será menester revuelva muchos libros con gran dispendio de tiempo, y en el *Diccionario*, siguiendo el orden alfabético, al momento halla lo que busca. Asimismo, para la geografía son prontísimo socorro los *Diccionarios geográficos de Miguel Baudrand y Tomás Cornelio*; cuando faltando éstos, el que quiere instruirse de las particularidades de alguna ciudad, monte o río, si ignora la región donde están situados, habrá de revolver muy de espacio los agigantados volúmenes de Gerardo Mercator, Abrahan Ortelio, Bleu, Sansón o Da-Fer.

De la física experimental, que es la única que puede ser útil, se han escrito en el idioma francés muchos y curiosos libros, cuyas noticias no se hallan en otros. *La Historia de la Academia real de las Ciencias* es muy singular en este género, como también en infinitas observaciones astronómicas, químicas y botánicas, cuyo cúmulo no se encontrará, ni su equivalente, en libro alguno latino, mucho menos en castellano.

De teología dogmática dieron los franceses a luz en el patrio idioma preciosas obras. Tales son algunas del famoso Antonio Arnaldo, y todas las del insigne obispo meldense, *Jacobo Benigno Bossuet, especialmente su Historia de las variaciones*

de las iglesias protestantes y la Exposición de la doctrina de la Iglesia Católica sobre las materias de controversia; escritos verdaderamente incomparables, y que redujeron más herejes a la religión verdadera, que todos los rigores justamente practicados con ellos por el gran Luis XIV; en que no se deroga a la grande estimación que se merecen los inmortales escritos del cardenal Belarmino y otros controversistas anteriores. Ni éstos hacen evitarla necesidad de aquellos, porque los nuevos efugios que después de Belarmino discurrieron los protestantes, y las variaciones o novedades que introdujeron en sus dogmas, precisaron a buscar contra ellos otras armas, o por lo menos a dar nuevos filos a las que estaban depositadas en los grandes armamentarios de los controversistas *antecedentes*.

Para la inteligencia literal de toda la Escritura Sagrada, reina hoy en la estimación de todos los profesores la admirable exposición, que poco ha dio a luz el sapientísimo benedictino *don Agustín Calmet*, como un magisterio destilado a la llama de la más juiciosa crítica de cuanto bueno se había escrito en todos los siglos anteriores sobre tan noble asunto. En que logró también el padre Calmet la ventaja de aprovecharse de las nuevas luces, que en estos tiempos adquirió la geografía, para ilustrar muchos lugares antes poco entendidos de la Escritura.

Para el más perfecto conocimiento del poder, gobierno, religión y costumbres de muchos reinos distantes, nadie negará la gran conducencia de las relaciones de *Tabernier*, *Tevenot* y otros célebres viajeros franceses. Otros muchos libros hay escritos en el vulgar idioma de la Francia, singulares cada uno en su clase, o para determinada especie de erudición, como las *Noticias de la república de las letras*, las *Memorias de Trevoux*, el *Diario de los sabios de París*, la *Biblioteca oriental de Herbelot*, etc.

Así que, el que quisiere limitar su estudio a aquellas facultades que se enseñan en nuestras escuelas, lógica, metafísica, jurisprudencia, medicina galénica, teología

escolástica y moral, tiene con la lengua latina cuanto ha menester. Mas para sacar de este ámbito o su erudición, o su curiosidad, debe buscar como muy útil, si no absolutamente necesaria, la lengua francesa. Y esto basta para que se conozca el error de los que reprueban como inútil la aplicación a este idioma."

Ignacio de Luzán

***La poética o reglas de la poesía en general
y de sus principales especies***

Ed. Sebold, Barcelona, Labor, 1977

"Capítulo V [VI]

De la esencia y definición de la poesía

Con esta previa noticia de la poesía en general, y por mayor, que me ha parecido necesaria prevención para la cabal inteligencia de cuanto en adelante se dirá, será ya tiempo que, como quien dejando la playa y desplegadas todas las velas al viento se hace a la mar, así nosotros nos engolfemos, por decirlo así, en nuestro asunto, empezando el rumbo primero de nuestra navegación por la esencia y definición de la poesía.

El vulgo por poesía entiende todo aquello que se escribe en verso. Mas aunque es verdad que, según la opinión de muchos, el verso es absolutamente necesario en la poesía, como más adelante veremos, sin embargo, el verso, en rigor, no es más que un instrumento de la poesía, que se sirve de él como la pintura se sirve de pinceles y colores y la escultura de cinceles. Si se atiende a la etimología griega, poesía suena lo mismo que *hechura*, y porta lo mismo que *hacedor* o criador; y parece que nos da a entender en su mismo nombre que su esencia consiste en la invención, en las fábulas y en aquella facultad que tienen los poetas de dar alma y sentido a cosas inanimadas y de criar como un nuevo mundo distinto; y quizás a esto aludieron los provenzales cuando llamaron a sus poetas *trovadores*. Mas, sea lo

que fuere de la etimología del nombre, que dejamos para los gramáticos, la común opinión coloca la esencia de la poesía en la imitación de la naturaleza; tanto, que Aristóteles excluye del catálogo de poetas a los que no imitaren, aunque hayan escrito en verso, queriendo que se les dé el nombre de los versos en que hubieren escrito, llamándose, por ejemplo, escritores de elegías o de versos heroicos y no poetas. Pero con este término tan general como es la *imitación*, no se explica bien la esencia de la poesía, antes bien, se confunde con la pintura y escultura, y aun con el baile y con la música y con otras artes semejantes, que también imitan. Débese, pues, advertir que la imitación, como enseñan muchos de los comentadores de Aristóteles, es el género de la poesía; a lo cual añade Pablo Benio que la imitación, según explica Aristóteles, es de aquellos términos que en las escuelas llaman *trascendentes y análogos*; con que es claro que no se podrá definir bien la poesía con el solo término genérico de imitación.

Minturno, conociendo la necesidad de asignar las diferencias específicas de la poesía para definirla bien, se explicó más difusamente, diciendo ser la poesía *imitación de varias clases de personas en diversos modos, o con palabras, o con armonía, o con tiempos, separadamente, o con todas estas cosas juntas, o con parte de ellas*. Pero se encuentran en esta definición dos dificultades: la primera es el llamar a la poesía *imitación de varias clases de personas*, con lo cual viene a excluir una gran parte de los objetos que puede imitar y pintar la poesía, como son los brutos, los elementos y otras innumerables cosas inanimadas, como nadie ignora. La segunda dificultad es haber atribuido como instrumento a la poesía, no sólo las palabras, mas también la armonía y el tiempo o compás, queriendo con esto incluir, como especies de poesía, la *aulética*, la *citarística* y la *orquéstica*, esto es, la música y el baile. Y aunque es verdad que algunos de los